

ñas entre los naturales de los demás puntos de América. Sometidos durante mucho tiempo al gobierno mejicano, habían conquistado al fin su libertad y formaban una poderosa república, respetada por los pueblos vecinos. El país estaba dividido por distritos que tenían sus representantes en Tlaxcala, cabeza de la república. La reunion de estos diputados formaba el gran congreso, que ejercía el poder legislativo de la nacion, ofreciendo tal vez el único ejemplo de un gobierno aristocrático, es decir, un gobierno en que el supremo poder se halla en manos de los habitantes mas principales, en medio de un pueblo cuyas groseras costumbres debían hacerle considerar como salvaje.

La nacion no era numerosa; pero su fuerza residía en su valor, en su amor á la independencía y en su carácter vengativo. Había rechazado todos los ataques de Motezuma para volverla á su dominio, por lo que conociendo Cortés las ventajas de una alianza con semejante pueblo, resolvió enviar á Tlaxcala una embajada que propusiese al gobierno un tratado de paz.

Escogió para esta importante comision á cuatro compeales, dictándoles por medio de Marina un discurso que aprendieron de memoria. Queriendo que se observasen en esta circunstancia todas las ceremonias acostumbradas entre los indios, se puso á los embajadores una gran capa de tela de algodón, en el brazo izquierdo una gran concha en forma de escudo, y en la mano derecha una larga fle-

cha adornada con plumas blancas. La punta de la flecha estaba vuelta hácia bajo, lo que anunciaba disposiciones enteramente pacíficas: la flecha adornada con plumas rojas hubiera sido una señal de guerra.

Cuando los embajadores estuvieron adornados así á la usanza india, partieron; debiendo tener cuidado de no salirse del camino real, porque apartándose de él se hubieran visto espuestos á los insultos, perdiendo la inmunidad que debían á su traje. El nombre con que los indios designaban esta singular costumbre, corresponde á lo que se entiende en Europa por derecho de gentes.

Llegados á Tlaxcala los embajadores, fueron conducidos á una casa particular, donde se les trató con todas las atenciones y el esmero que exigía su carácter. Al dia siguiente el senado los admitió para escuchar las proposiciones que les habían encomendado. Los embajadores se presentaron en una actitud respetuosa, es decir, con la cabeza cubierta con el manto y la flecha levantada en alto. Entonces los senadores se levantaron un poco de los asientos para saludar, y los diputados haciendo una reverencia, se adelantaron hasta el medio de la sala de las deliberaciones, donde se hincaron de rodillas. Allí esperaron con los ojos bajos el permiso de dirigir su discurso á la augusta asamblea. El consejo les hizo seña de que podían hablar, y entonces sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, el que había aprendido el discurso le relató en estos términos:



"Pueblos libres, valientes é invencibles: el cacique de Cempoala y los caciques de las montañas, vuestros aliados y amigos, os saludan y os desean una abundante cosecha y el esterminio de todos vuestros enemigos. Os participan cómo han sido visitados por unos hombres extraordinarios venidos de Oriente. Estos hombres semejantes á los dioses puesto que manejan las armas de que estos se sirven ordinariamente, es decir, el trueno y el rayo, han llegado á nuestras tierras en grandes castillos que vuelan por el mar. Dicen que adoran un dios mas poderoso que los nuestros y que aborrecen la tiranía y los sacrificios humanos. Su jefe es el enviado de un soberano de gran poder, al que su religion previene poner fin á las vejaciones é injusticias de Motezuma. Nosotros debemos ya á este capitán la dicha de vernos libres de la tiranía del emperador. Teniendo precision de pasar por vuestro territorio para ir á Méjico, quiere saber las injurias que el tirano os ha hecho, para defender vuestros derechos y los suyos, asociaros á su noble causa y hacer triunfen vuestros comunes intereses. No podeis por lo tanto dudar de sus amistosas intenciones, y os pide únicamente el permiso de pasar por vuestro territorio. Estad seguros de que no desea mas que vuestro bien; que sus armas no son mas que instrumentos de justicia, porque los guerreros que las llevan solo las emplean para castigar á quienes les atacan ú ofenden."

Terminada la arenga, los embajadores se arrodia-

llaron de nuevo, tocaron casi con la frente el pavimento de la sala, y despues, cruzando las piernas, esperaron en un respetuoso silencio la contestacion del senado. Se les dieron las gracias por las noticias que acababan de dar, declarándoles que ya se les pasaria una respuesta en debida forma, así que se deliberase acerca del objeto principal de la arenga, es decir, la cuestion del paso por el territorio tlaxcalteca. Se les invitó en seguida á que se retirasen y empezó la deliberacion.

Estaban divididas las opiniones de los consejeros, porque unos querian la paz y otros la guerra. El mas ardiente campeon de la guerra era el general Xicotencal, jóven magnate lleno de valor; pero arrebatado por el esceso de su bélico entusiasmo. Consiguió que su dictámen fuese aprobado por la mayoría, que decidió fuesen los embajadores retenidos en Tlaxcala, para dar tiempo á los preparativos de defensa.

Pasados ocho dias y no viendo Cortés volver á sus embajadores, se determinó seguir adelante para averiguar su paradero; pero apenas se habia puesto en camino, cuando encontró una multitud de indios armados para disputarle el paso. Trabóse un combate en el que los indios, batidos y dispersos, perdieron mucha gente, quedando heridos algunos españoles. Cortés pudo entonces penetrar en el país, y al otro dia del combate vió llegar á dos de sus embajadores, acompañados de cierto número de tlascaltecas que acusaron á sus aliados llamados



otomíes, de haber atacado imprudentemente á los españoles; imprudencia de la que habian sido bien castigados con su derrota y la muerte de sus mas intrépidos jefes. Despues de haberse escusado de esta manera, se retiraron dejando á Cortés en la misma incertidumbre respecto de las verdaderas disposiciones del pueblo tlaxcalteca.

Bien pronto supo á qué atenerse, porque al dia siguiente llegaron los otros dos embajadores en un estado que escitó á la vez la piedad y la indignacion de los españoles. Noticiaron á Cortés, que habian sido aprisionados en contra del derecho de gentes y que debian ser sacrificados por los tlaxcaltecas á sus dioses; pero que habian conseguido escaparse por la noche. A juzgar por lo que decian estos embajadores, el pueblo tlaxcalteca habia jurado inmolar tambien á todos los españoles.

Entonces Cortés no titubeó en arrostrar el peligro que le amenazaba: siguió su marcha, y bien pronto se halló rodeado de una innumerable multitud de enemigos, al frente de los cuales se hallaba el jóven Xicotencal. Era preciso dar la batalla y se dió en efecto; pero estuvo en muy poco que fuese funesta para Cortés y todo su ejército por un suceso de poca importancia. Un ginete español que separándose de los suyos, se habia precipitado en los batallones enemigos, recibió muchas heridas, y su caballo acribillado de flechas, cayó muerto en el suelo. Los indios cortaron entonces la cabeza del animal, y levantándola en lo alto de una pica, la llevaron en

triumfo por todas partes, á fin de probar que aquel mónstruo podia ser vencido y muerto. La vista de la cabeza cortada reanimó el valor de los indios, siendo su ataque tan impetuoso, que los españoles empezaron á ceder, sin que pudiesen resistir á las masas que los oprimian y que iban á acabar con ellos.

De repente cesa el combate, las bocinas de los indios tocaron retirada, y el enemigo abandona un campo de batalla en el que á poca costa hubiera conseguido una completa victoria. La causa de esta retirada que salvó á los españoles, era que habiendo muerto ya los principales jefes indios, era preciso nombrar quien los reemplazase: el enemigo además se retiraba satisfecho, llevándose como un glorioso trofeo la cabeza del caballo, la que Xicotencal cuidó de enviar al senado.

El general español buscó una posicion en que pudiera fortificarse contra un enemigo tan peligroso; pero no perdiendo la esperanza de hacer paces con los tlaxcaltecas, envió á su general algunos prisioneros, que al presentarle sus proposiciones pacíficas, le hiciesen conocer las terribles consecuencias de una resistencia mas prolongada. Indignése Xicotencal de tal manera con las proposiciones y amenazas del general español, que maltrató á los infelices que se las habian hecho, enviándolos cubiertos de heridas, para que dijesen á Cortés que al dia siguiente al amanecer, Xicotencal se presentaria con un poderoso ejército para prender al general espa-



ñol y todos sus soldados, y sacrificarlos ante los altares de sus dioses.

Aunque esta noticia no correspondiese á las esperanzas de Cortés, venia acompañada de un regalo que daba á entender no se hallaba el general tlaxcalteca tan irritado como parecia. Este regalo consistia en trescientas gallinas y en víveres de varias clases: verdad es que Xicotencal habia cuidado del advertir á Cortés, que enviaba aquellas provisiones á sus enemigos para que estuviesen bien mantenidos antes de ser inmolados, y su carne fuese de mejor gusto, porque se proponia regalarse con ella en compañía de sus principales guerreros.

Esta fanfarronada causó risa á los españoles, que se comieron alegremente lo que el enemigo les habia enviado, mientras se preparaban al combate de dia siguiente. Xicotencal cumplió su palabra: al romper el dia, se presentaron numerosos batallones que atacaron con furor á los españoles; pero la táctica militar y la superioridad de las armas triunfaron tambien esta vez del teson y del valor, siendo derrotados los tlaxcaltecas, que abandonaron el campo de batalla á los españoles. No fué suficiente á abatirlos esta tercera derrota, porque persuadidos de que los españoles eran unos hechiceros, esperaban tambien que los magos de su nacion podrian saber mas que ellos. Además, sus sacerdotes que pretendian adivinar lo futuro, les prometian siempre la victoria. Consultados de nuevo, respondieron que los españoles, hijos del sol, debian toda

su fuerza á los rayos de este astro durante el dia; pero que por la noche quedaban tan débiles que era cosa muy fácil vencerlos y esterminarlos.

Determinados los tlaxcaltecas á aprovecharse del aviso, intentaron un ataque nocturno contra los españoles; pero Cortés, siempre vigilante, habia tomado todas sus precauciones para no ser sorprendido: así es que cuando se presentaron, fueron rechazados con gran pérdida. Entonces se llegaron á convencer de que los españoles eran mas que hombres, puesto que sin morir uno siquiera, habian dejado tendidos en el campo millares de tlaxcaltecas. Empezaron por sacrificar á los dioses algunos de sus magos para castigar su embuste, y despues enviaron á Cortés una embajada solemne pidiendo la paz, y escogiendo para embajadores á los principales de la nacion.

Vestidos con sus trajes de ceremonia, adornados con plumas blancas, que eran, como ya se ha dicho, un simbolo de paz, llegaron los embajadores al campamento español, deteniéndose de rato en rato para tocar la tierra con la mano, que besaban en seguida: repitieron muchas veces esta ceremonia hasta llegar á las líneas españolas, donde quemaron perfumes.

Admitidos en presencia de Cortés, pronunciaron este discurso: "Si sois divinidades malélicas, ahí teneis cinco esclavos para que bebais su sangre y os sacieis con su carne: si sois dioses benignos, aquí teneis perfumes y plumas de diferentes colores; pero si sois hombres, aquí teneis carne y pan para vuestro alimento."



Anunciaron despues que el objeto principal de su mision, era pedir perdon de las hostilidades cometidas por sus imprudentes compatriotas, y arreglar al mismo tiempo las condiciones de la paz. El general español, conservando el ademan de dignidad y grandeza con que habia recibido á los embajadores tlaxcaltecas, les dirigió enérgicas reconvenciones por la conducta de su gobierno, y su terquedad en despreciar las proposiciones pacíficas que se le habian hecho. Les declaró sin embargo, que estaba dispuesto á perdonar, con tal que la república guardase una estricta neutralidad, y le diese una satisfaccion de las injurias hechas á los españoles y á su jefe.

Así que el senado de Tlaxcala supo la respuesta de Cortés, mandó á todos los habitantes de las cercanías de la ciudad que llevasen víveres á unos extranjeros tan estraordinarios, proporcionándoles cuanto necesitasen sin pedir ni recibir el pago; quedando los españoles admirados del celo y exactitud con que se cumplió esta órden. Dos dias despues llegó al campo una magnífica comitiva, á cuyo frente venia Xicotencal: formábanla cincuenta magnates de la nacion; todos ricamente vestidos. El jefe traía puesto un largo vestido blanco, adornado de plumas y piedras preciosas: era un jóven alto y delgado, cuyo marcial aspecto revelaba la costumbre del mando.

Saludó á la usanza del país al general español, despues tomó asiento sin que nadie se lo mandase y

sin pedir permiso, y dirigió á Cortés este discurso: "A mí solo hay que culpar por las hostilidades cometidas contra los españoles; pero me habia equivocado: creia que los españoles eran aliados de Motezuma, mi enemigo, el enemigo de mi patria. Deseando expiar mi culpa y obtener el perdon de un pueblo que es inocente, vengo á ponerme en manos del vencedor. Que disponga de mí como quiera; resignado estoy á sufrir todas las consecuencias de mi falta; pero que conceda la paz que pide todo un pueblo. Tlaxcala espera recibir dentro de sus muros al jefe de los extranjeros, y á sus soldados que no encontrarán mas que amigos."

La franqueza generosa de estas palabras, pronunciadas con notable firmeza, agradó mucho á Cortés, que despues de haber reprendido severamente á este jefe por su resistencia, que habia hecho correr tanta sangre, mudó de tono y le prometió que dentro de algunos dias pasaria á Tlaxcala.

Mientras que sucedia todo esto en el campamento español, llegó nueva embajada de Motezuma, para traer regalos á Cortés é inducirle de nuevo á renunciar á su proyecto de ir á Méjico. Sospechábase ya con razon, que no era tanto esto lo que pretendia Motezuma, como el estorbar que hiciese alianza con la república de Tlaxcala. Los embajadores mejicanos se esforzaron, sí, á inspirar al general español desconfianza de los tlaxcaltecas, á quienes representaban como gentes sin fe y prontos á vender á sus aliados; pero Cortés les contestó de manera



que conociesen no se le ocultaban sus interesadas calumnias.

Entre tanto el terror reinaba en Tlaxcala, porque no viendo los habitantes llegar al general español á su ciudad, se imaginaron que la tardanza era un efecto de las sugeriones é intrigas de los embajadores de Motezuma. Para neutralizarlas de una vez, tomó el senado la resolucion de trasladarse al campamento de los españoles, ofreciéndose en rehenes á su jefe. Desplegóse gran pompa en la ejecucion de este proyecto: cada individuo del senado llevaba un traje blanco, símbolo de paz, y era conducido en unas andas ó palanquin por oficiales de un rango inferior.

Venia á la cabeza de esta reunion imponente el padre de Xicotencal: este anciano, que estaba ciego, se distinguia por un vigor de espíritu y una energía de carácter que su edad avanzada no habia podido debilitar. Haciendo que le llevasen junto á Cortés, le abrazó y le pasó la mano por la cara, para formar alguna idea de él por medio del tacto. He aquí el discurso que le atribuyen los historiadores españoles, el que ofrece algunos rasgos de varonil elocuencia.

“¿Qué importa que tú seas un dios ó un hombre? de todos modos tienes á tu disposicion el senado de Tlaxcala, y ya no puedes dudar de su rendimiento y obediencia. Lejos de nosotros la idea y la intencion de escusar la falta de nuestro pueblo; al contrario, aceptamos toda la responsabilidad, esperan-

do así aplacar tu cólera y desarmar tu venganza. Nosotros resolvimos hacerte la guerra; pero tambien nosotros somos los que venimos á pedirte la paz. Motezuma se esfuerza, ya lo sabemos, á introducir el odio y la desconfianza entre nosotros, para que nos rehuses tu alianza; pero si das oido á sus péfidias insinuaciones, acuérdate de que es nuestro enemigo. ¿Podrás tú dudar todavía de que es un hombre malo y péfido, cuando en este momento mismo quiere que seas injusto con nosotros? No es tu auxilio el que solicitamos contra él: no nos hace falta, y tú eres el único enemigo á quien no podemos combatir con esperanzas de vencer; pero nos duele que te alucine con sus artificios y falaces promesas: conocemos mejor que tú á este jefe acostumbrado á burlarse de los juramentos. Escucha, generoso capitán; aunque estoy ciego, veo bien claramente la desgracia que te va á ocasionar tu noble confianza. Tú estás propenso á concedernos la paz, si Motezuma no te retrae de ello; ¿mas por qué desea retraerte? ¿por qué dudas en acceder á nuestros votos y á nuestras súplicas? ¿por qué rehusas á nuestra ciudad el honor de tu presencia? Estamos determinados á merecer, á obtener tu confianza y tu amistad, ó hacerte el sacrificio de nuestra libertad. Escoge ahora: es preciso que seamos tus amigos ó tus esclavos: fija nuestra suerte, que respetuosamente esperamos la sentencia que salga de tu boca.”

Cortés respondió que se apresuraria á satisfacer los deseos del senado de Tlaxcala y pidió solamen-



mente algunos hombres para conducir los bagajes y la artillería. Al día siguiente por la mañana ya estaban en el campo quinientos tamenés ó indios de carga, rivalizando entresí sobre quién había de cargar con el fardo mas pesado. El ejército se puso en camino, pero marchando en columna como si se fuese á combatir; precaución ordinaria de Cortés, con la que este jefe tan prudente como animoso solia asegurar el resultado de todas sus operaciones.

Los españoles hicieron en Tlaxcala una entrada triunfal; el pueblo se agolpaba en las calles por donde pasaban, mezclando sus gritos de alegría con el ruido de los tambores y de los pífanos; las jóvenes les arrojaban flores, y los sacerdotes revestidos con sus trajes quemaban incienso delante de ellos. Los individuos del consejo supremo ó senado y los habitantes mas principales vinieron á ofrecerles su respetuoso homenaje. Condujeron á tan ilustres huéspedes, á quienes designaban con el nombre de Teules, es decir, dioses, á una casa tan espaciosa que todos pudieron alojarse en ella.

Apenas Cortés se instaló en ella con su tropa, colocó centinelas en todas las avenidas: esta precaución que anunciaba desconfianza, desagradó á los tlaxcaltecas; pero se les hizo entender que era costumbre de los ejércitos europeos, y que aun en tiempo de paz la disciplina y las ordenanzas militares prescribían precauciones de este género. Entonces los tlaxcaltecas no hicieron mas objeciones contra la medida adoptada por el general español, y hasta

el mismo Xicotencal se propuso seguir una costumbre cuya sabiduría y utilidad no pudo menos de confesar.

Conociendo Cortés el poderoso auxilio que le podría proporcionar la alianza con una nación tan generosa como valiente, recomendó á sus soldados que tratasen á los tlaxcaltecas con mucha dulzura é igualdad. El fué el primero á darles el ejemplo de esta política hábil y previsora, esforzándose con su buen proceder á estrechar los lazos de amistad que le unian ya al caudillo de los guerreros de Tlaxcala; pero estuvo á punto de malograr todas las ventajas que le ocasionaba, por su exagerado celo en favor de la religion.

En una conferencia que tuvo con uno de los individuos del senado, le indujo á que renunciase el culto de los falsos dioses, para no adorar mas que al Dios de los cristianos; pero el indio le dió una respuesta muy singular. Segun él, un solo general, que era un hombre, podia mandar muy bien á un mismo tiempo á los españoles y á los tlaxcaltecas; pero el único Dios de los cristianos no podia bastar para unos y otros. Los tlaxcaltecas necesitaban muchos dioses; necesitaban uno que los protegiese contra las tempestades, otro para preservarlos de las inundaciones, otro que les favoreciese en la guerra, y otro en fin, para los casos extraordinarios en que tuviesen que valerse de él. Cortés le replicó que el Dios de los cristianos, supremo Señor y árbitro de todas las cosas, cuidaba de remediar



todas las necesidades de los hombres; pero el tlaxcalteca no pudo acabarse de persuadir de que un solo Dios pudiera multiplicarse, para atender á tan diversas obras. Entonces el general español llamó en su auxilio al capellan de la expedicion, que trató de persuadir al senador y á los tlaxcaltecas que se encontraban con él. Escucharon con la mayor atencion al sacerdote cristiano; pero cuando acabó de hablar, el individuo del supremo consejo suplicó á Cortés que no volviera á suscitar tan delicadas cuestiones fuera de su campamento, para preservar á los tlaxcaltecas de la temible cólera de sus teules.

Estas palabras irritaron á Cortés en términos que ya se disponia como en Cempoala á destruir en el acto el culto de los ídolos en Tlaxcala; pero el padre Bartolomé de Olmedo, digno ministro de una religion de tolerancia y de paz, retrajo á Cortés de la ejecucion de este proyecto imprudente, cuyas consecuencias podian ser fatales á los españoles.

En el momento que el ejército español, reforzado con un cuerpo de seis mil tlaxcaltecas, iba á romper la marcha, llegó nueva embajada de Motezuma, para convidar á Cortés á dirigirse á Cholula, porque el emperador habia dispuesto que se le hiciese allí el conveniente recibimiento y que se proporcionasen víveres con abundancia al ejército. Por lo demás, los embajadores no suscitaron la cuestion de la marcha á Méjico.

Esta invitacion pareció sospechosa á los tlaxcaltecas, que suplicaron á Cortés no aceptase, porque ocultaba alguna emboscada. El general español dió gracias á sus aliados por el aviso; pero les declaró que no habia peligro que hiciese retroceder á los españoles, y marchó con su ejército hácia Cholula. Fueron recibidos los españoles con las mas amistosas demostraciones; pero se prohibió á los tlaxcaltecas la entrada en la ciudad, bajo pretesto de que eran enemigos declarados de los cholulanos, y tuvieron que acampar fuera de la poblacion; cosa que ellos supieron hacer con sorprendente habilidad, imitando á los españoles y rodeándose como ellos de fosos y trincheras.

Durante los primeros dias, los cholulanos se manifestaron muy solícitos en festejar á sus huéspedes; pero los españoles advirtieron ciertos hechos que justificaban la desconfianza de los tlaxcaltecas. Los víveres cesaron de llegar con abundancia, los caciques se manifestaron mas frios, y se notaron frecuentes reuniones de los embajadores de Motezuma.

Dos tlaxcaltecas que habian conseguido introducirse en la ciudad á favor de un disfraz, informaron á Cortés de que habian visto por la noche un gran número de mujeres y de niños que se refugiaban á paraje seguro, y que seis niños habian sido sacrificados á los ídolos en el templo principal; sacrificio que era el prelude ordinario de una expedicion militar. En consecuencia, Cortés debia